



EL GRAN AMOR DE DIOS

GUS NICHOLS

Quizás ningún predicador de su generación trabajó más y logró más que Gus Nichols (1892-1975). Empezó a predicar en 1971 y predicó hasta su muerte en 1975. Bautizó a más de 12,000 personas, entrenó predicadores y ayudó en muchas buenas obras. Gus Nichols nació en una cabaña de madera el 12 de Enero de 1892, en el condado de Walker, Alabama. Desde su juventud trabajó como granjero y minero. Se dice que podía llevar con él un Nuevo Testamento en sus pantalones al sembradío y que cuando empezaba a arar una fila tenía fijado en su mente un versículo y luego lo repetía una y otra vez todo el camino hasta el final de la fila. Cuando llegaba al final de la fila y empezaba el regreso, ya traía en mente el siguiente versículo repitiéndolo una y otra vez hasta el final de la fila. ¡Hacía esto cuando araba fila tras fila! Más tarde, dedicaba cuatro horas al día al estudio de la Biblia. El hermano Nichols era un trabajador incansable. Predicó alrededor de cuarenta años para la iglesia de Cristo Sixth Avenue, en Jasper, Alabama. Hablaba en un programa de radio diariamente, editaba un periódico semanal, daba dos clases semanales para los jóvenes y aspirantes a predicadores, predicaba en campañas por todo el país, sostenía debates con los principales exponentes del error, trabajó por quince años como editor de las preguntas para el Gospel Advocate, y publicó numerosos volúmenes de sermones. Un libro de sus sermones fue incluido en la serie de J. D. Thomas "Grandes Predicadores de Hoy."

Amigos, deseo unirme, a la cordial bienvenida a nuestros servicios aquí. Trabajemos todos para aumentar la asistencia y el interés en la campaña y a orar al respecto.

Le repito a su oído, el hermoso pasaje de Juan 3:14-21: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en

Dios.” En esta lectura tenemos quizás el texto más popular en toda la Biblia—Juan 3:16. El texto dice, “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” Este texto nos propone el tema para esta noche: “El gran amor de Dios.” Esto es un sermón textual, una especie de estudio analítico de este hermoso texto de la Escritura. Queremos estudiar este texto palabra por palabra y pensamiento por pensamiento.

EL SER MÁS GRANDE

Este gran texto está formado por superlativos. Cada palabra importante en él es un superlativo que sugiere las más grandes cosas y temas conocidos por el hombre. Las primeras palabras presentan al Ser más grande que podamos conocer. El texto dice, “Porque de tal manera amó *Dios* al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” A Dios se nos presenta en el primer texto de la Biblia de la siguiente manera, “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Dios es tan grande que para comprenderlo completamente tendríamos que ser igual a Él—ser nosotros mismos Dioses. No podemos comprender las medidas de su amor y bondad. Solo podemos medir las dimensiones externas de su amor y grandeza. Pablo oró para que los hermanos de Éfeso pudieran ser “capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que

excede a todo conocimiento” (Efesios 3:18-19). Y de esta manera, Dios, el Ser más grande en el universo se nos presenta en nuestro texto. Uno de nuestros grandes presidentes en una ocasión dijo que el más grande pensamiento que alguna vez entró en su mente fue Dios y su responsabilidad para con Él. Dios es tan grande que el apóstol Pablo dice, “Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él se gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos” (Efesios 3:20, 21). Si, Dios es capaz de hacer mucho más de lo que podemos pensar o pedir de Él. Si hacemos volar nuestra imaginación no podríamos pensar en alguna cosa la cual Dios no sea capaz de hacer por nosotros. La Biblia declara que “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (Hebreos 1:3). Creó todas las cosas, e hizo al hombre del polvo de la tierra a su propia imagen (Génesis 1:26; 2:7). Hizo el ojo, la mente, el sistema digestivo y nervioso, el reproductivo—de hecho “asombrosa y maravillosamente” hemos sido hechos (Salmo 139:14, LBLA).

Hay dos teorías en el mundo con referencia al origen de las cosas. Una de ellas es la teoría modernista de que la materia (en lugar de Dios) ha existido eternamente y que fuerzas ciegas de la naturaleza, guiadas no por una inteligencia trajeron todas las cosas a la existencia por mero accidente y azar. De acuerdo a esta teoría no hay diseño en nada y todo sucedió justo así como es. Esta teoría niega la existencia de Dios y por la tanto es muy

neicia. Por supuesto, la Biblia está en lo correcto cuando dice, “Dice el necio en su corazón: no hay Dios” (Salmo 14:1). Hebreos 3:4 dice, “Porque toda casa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios.” Un hombre sería considerablemente necio para explicar que una gran ciudad llegó a existir por simple accidente o azar; que nadie la diseñó o creó; que no hubo una inteligencia atrás de ella; que el hombre no la construyó, sino que fuerzas ciegas de la naturaleza, no guiadas por una inteligencia, hicieron que existiera. Las fuerzas ciegas de la naturaleza (no guiadas por una inteligencia) que operan en un ciclón pueden derribar y destruir una ciudad, pero esas fuerzas no podrían construir ni un solo edificio. Sería necio para alguien afirmar que este agradable lugar de reunión con 850 asientos pudiera llegar a existir por un accidente o por azar—que no haya habido arquitecto, ni plano, ni contratistas, ni carpinteros, sino que un ciclón lo haya hecho. Así Pablo dice, “toda casa es hecha por alguno.” Si usted estuviera en una isla solitaria donde se piense que ningún ser humano ha estado nunca antes, y usted se encontrara una casa—sabría que un hombre estuvo ahí, porque una casa anuncia y declara la existencia de un constructor. De la misma manera, el hombre y todas las cosas declaran la existencia de un gran diseñador y Todopoderoso Creador, el Dios de toda la creación. “Porque toda casa es hecha por alguno; PERO EL QUE HIZO TODAS LAS COSAS ES DIOS” (Hebreos 3:4). Mis amigos, si no fuera por el hombre no habría casas ni ciudades. Y si no fuera por Dios no habría habido ningún mundo o universo; no

habría existido ningún hombre. No puede haber algo hecho sin un creador, ni algo construido sin un constructor, ni algo diseñado sin un diseñador. Todo efecto debe tener una causa adecuada. La gran Causa de todas las cosas es Dios. La evidencia de este hecho es tan fuerte que hay muy pocas personas en el mundo que se atreverían a negar la existencia de un Ser Supremo.

Algo que siempre ha existido. Ese algo original no podría haber sido la materia muerta y sin vida; porque tal material inerte no podría haber diseñado, formado, creado, ni gobernado el universo material. Por lo tanto, el algo eternamente existente es Dios. Dios creó la materia y el universo material; Él existió antes que eso; siempre fue. Señalando hacia delante y hacia atrás, el salmista dijo, “Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios.” (Salmo 90:2). Dios es el eternamente existente. Sin haber existido antes de todas las cosas nada podría haber existido. De nada viene nada. En otras palabras, algo no puede existir de la nada. Algo que existe, por consiguiente algo existió antes. Nuevamente podría decir que, “algo” es Dios, porque “en el principio creó los cielos y la tierra” (Génesis 1:1).

Mis amigos, quiero que crean en Dios, porque “sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay y que es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6). Aquí están dos afirmaciones que deben ser aceptadas por todos los hombres: (1) El hecho de que Dios existe—que tiene una existencia real, y (2) el

hecho que de recompensará a los que diligentemente lo buscan—que cumplirá sus promesas y hará lo que dice que hará. Dado que hizo todas las cosas, creó todas las cosas en el universo, creemos que tiene poder para hacer todo lo demás que la Biblia dice que ha hecho; y que tiene poder para hacer todo lo que prometido hacer por nosotros. Puede levantarnos de la muerte fácilmente como creó a Adán del polvo muerto y sin vida. Puede hacer un cielo tan fácilmente como hizo este mundo y ponernos en su ciudad para vivir para siempre tan fácilmente como puso al hombre sobre esta tierra para vivir por unos pocos años. Es verdad, no puedo comprenderlo y conocerlo a la perfección—ni puede el pequeño insecto u hormiga a lado de las vías entender al ingeniero y su locomotora gigante; sin embargo eso no prueba que no exista un ingeniero ni locomotora. Dios está operando su universo de mundos con tal precisión que millones de planetas y estrellas están volando por el espacio a una tremenda velocidad pero sin accidente o colisión. Las estrellas no varían ni un segundo en miles de años. Si, Dios está en el “volante” operando el universo. La infinidad de cuerpos celestiales se sostienen en el espacio por la palabra de su poder. Él “cuelga la tierra sobre nada” (Job 26:7).

LA COSA MÁS GRANDE

Nuestro gran texto no solo presenta a Dios, el Ser más grande que podamos concebir; sino también menciona al *amor*, la cosa más grande y mas poderosa en el mundo. “Porque de tal manera *amó* Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito,

para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna” (Juan 3:16). El amor es más grande que la fe y la esperanza y sin embargo, la Biblia dice que somos salvos por fe y que somos salvos por la esperanza (Romanos 5:1; Romanos 8:24). “Pero el mayor de ellos es el amor” (I Corintios 13:13). El amor hizo que Dios diera a su Hijo, como lo establece nuestro texto. El amor se niega a si mismo por el interés del objeto amado. Se sufre con gozo, si es necesario, en beneficio de lo que se ama. Dios es un Ser real; tiene sensibilidad y personalidad. Puede amar y odiar. No es un simple tipo de principio o esencia, como la electricidad o el viento, sin inteligencia, sino que todo lo sabe, es bueno y benevolente. Ama a su criatura, el hombre y siempre busca nuestro mejor interés para la eternidad. Si Dios fuera un Dios injusto y aborrecible, siempre buscando nuestra perdición y ruina, temblaríamos cada vez que pensáramos en Él. No quisiéramos escuchar mencionar su nombre en un sermón o himno. Mientras que Dios odia el pecado, ama al pecador; ama al mundo y quiere salvarlo.

EL NÚMERO MÁS GRANDE

Así como Dios es el Ser más grande conocido por el hombre y el amor es la cosa más grande en el mundo, así también, el número más grande posible de seres humanos que se pueda imaginar está implicado en la palabra “mundo.” “Dios *amó* tanto al *mundo*”—el número más grande posible de seres humanos; todos los que han vivido, todos los que están viviendo ahora y todos los que vivirán sobre la tierra.

Piense en los miles de millones y miles de millones de ellos, desde Adán hasta que Jesús venga otra vez. Dios amó y aún ama a todos los hombres; no simplemente al hombre blanco o al colorado o al de piel oscura; no simplemente al rico o pobre, al joven o al viejo, al enfermo o al sano; sino que “Dios amó tanto al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna.” (Juan 3:16). Como la viga de la cruz, el amor y las provisiones de Dios a través de Cristo señalan hacia atrás, al principio y a adelante hacia el fin de los tiempos.

EL REGALO MÁS GRANDE

Dios amó tanto al mundo que dio el *regalo más grande* de todos los tiempos. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, *que ha dado a su Hijo unigénito*”—el regalo más suntuoso y fino de todos los tiempos. Dios no dio a un Hijo de muchos Hijos, sino a su “Hijo unigénito”—lo dio para que viniera a la tierra a salvar el mundo, a morir en la cruz entre dos ladrones, para hacer todo lo adecuado y correcto para la salvación del mundo. Los hombres ricos han sido conocidos por dar miles, incluso millones de dólares a alguna o algunas causas dignas. Sin embargo Dios dio a su único Hijo, lo más precioso para Él, incluso más que todo el universo de mundos que había creado y hecho. El valor de este regalo nunca podrá calcularse en términos matemáticos. Pablo dice, “Gracias a Dios por su don inefable” (II Corintios 9:15). Podemos “hablar” del valor de todo el dinero en el mundo, pero no del valor del don de Dios. El don de Dios es

“indescriptible,” “inefable,” no simplemente incomprensible. El consumo de alcohol de nuestra nación es superior a los 9 mil millones de dólares al año, es fácil “decir” esta cifra; sin embargo podemos entenderla mejor si la recordamos en términos de dólares de plata y en toneladas de ella y las colocamos en vagones ¡se haría un tren de cien kilómetros de largo! Si ese tren viajara a una velocidad de 40 kilómetros por hora, un hombre para poder pasar en un cruce por el cual pasara este tren, tendría que esperar al tren del alcohol ¡cerca de dos horas y media para poder pasar! ¿Qué de cien millones de dólares o de un millón de millones de dólares o mil millones de millones de dólares? Si, podemos hablar de ello, pero no lo comprendemos. Pero volviendo al tema: ¡no podemos ni siquiera “hablar” del don de Dios! No hay términos para poder transmitir adecuadamente a nuestras mentes la idea en su plenitud. ¡Oh qué don! ¡Oh que riqueza otorgada para nuestro beneficio! ¿Lo apreciamos? Si Dios nos hubiera dado el regalo de su Hijo y nos dejara sin un Salvador y perdidos sin esperanza, pero nos hubiera dado a cada uno de nosotros grandes riquezas terrenales en su lugar, habríamos estado arruinados, y puede ser que ¡también llorando por siempre! Tales riquezas pronto—en el mejor de los casos—pasarían de nuestros manos a las manos de otros y tendríamos que pasar a la oscuridad de la eterna noche sin Dios y sin esperanza. Así es, no necesitamos grandes riquezas. Si fuéramos inmensamente ricos, solo podríamos vivir en una casa a la vez, ir solo en un carro en un momento, comer solo una comida a la

vez. No necesitamos mucho en este mundo, y podríamos no necesitar eso poco por mucho tiempo. No seamos tan carnales para apreciar solo las cosas temporales; sino que pongamos el énfasis en las verdades eternas tan preciosas como para ser tasadas en dólares y centavos o incluso para hablarlas. Si tuviéramos toda la riqueza del mundo, no podríamos llevar algo de ella con nosotros; y si pudiéramos, y partiéramos sin ser salvos, no podríamos con todo lo que nos lleváramos comprar una gota de agua para refrescar nuestra lengua en los fuegos del tormento (Lucas 16:19-31). Por lo tanto, Dios es el Ser más grande, el amor es la cosa más grande, mientras que el mundo es el número más grande posible para ser amado o bendecido, y el regalo del Hijo de Dios es el regalo más grande que sea posible concebir o pensar.

LA FE MÁS GRANDE

Sin embargo, Dios quiere que el hombre tenga la fe más grande posible. Tenemos fe en muchas cosas. Los niños pequeños les creen a sus padres. Confían en ellos de que les llenarán todas sus necesidades, y a no preocuparse de donde vendrá la siguiente comida. Les dejan todo a sus padres. Debemos admitir que esto es una fe hermosa. Todos los maridos y las esposas creen y confían entre sí implícitamente—¡algunos de ellos! La joven esposa tiene una fe maravillosa en su joven esposo a quien aceptó en matrimonio para dejar a sus padres y su hogar, para irse y empezar un hogar por ellos mismos bajo las circunstancias limítrofes de la pobreza misma. Para ellos creer y confiar entre sí y

ser dignos de confianza es una cosa hermosa y muy importante. Confiamos en los hombres en los negocios; toda la industria opera en gran medida en la fe y la confianza. Sin embargo, la fe más grande en el mundo es la fe en Cristo. De ahí que nuestro texto diga, “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él *cree*, no se pierda, más tenga vida eterna.” (Juan 3:16). Creer en Jesús es creer en su mesianismo y divinidad; es creer que fue nacido de María virgen, que obró milagros, que fue crucificado por nuestros pecados y que fue levantado otra vez al tercer día, que ascendió a los cielos y que vendrá algún día. Si, la fe en Cristo significa que lo aceptamos como lo que él afirmó ser, que le obedecemos implícitamente, confiando en sus preciosas promesas—confiar en Él, por la salvación y gloria eterna. Esta fe sencilla, vale más en sí misma que todas las cosas materiales. El apóstol Pedro habló de una “fe igualmente preciosa.” (II Pedro 1:1). La “fe” es la palabra clave en la Biblia. Es por fe que los hombres fueron movidos a hacer lo que Dios requería. Sin embargo, este hecho se establece para siempre en una simple lectura de Hebreos 11. Esta fe que salva siempre es una fe que obedece. Juan dice, “Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.” (I Juan 5:4). La fe empieza por creer lo que Dios dice y concluye al hacer todo lo que Él manda. Pablo habla de que “obedezcan a la fe” (Romanos 16:26). También dice de la fe que obra por el amor (Gálatas 5:6).

Repitamos lo que hemos aprendimos de nuestro texto. Empezamos con Dios—la

cosa más grande que podemos conocer. Enseguida introduce el amor—el principio más poderoso e influyente para obrar el bien en el mundo. Luego el amor se menciona como siendo de Dios y para el mundo—el número más grande posible de seres humanos que sea posible amar y ser beneficiado. Luego viene el don de Dios, su Hijo—el don máspreciado y la fe en Jesús—la más importante fe en toda la tierra.

LA TRAGEDIA MÁS GRANDE

La fe debe evitar que nos perdamos o nos previene que suframos la tragedia más grande posible. Un hombre nunca estará arruinado hasta que esté eternamente perdido. Un hermano cuyo granero se le quemó, junto con todas sus herramientas, maíz y heno dijo: “Hermano Nichols, estoy arruinado.” Otro perdió su hogar por el fuego mientras no estaba en casa y todo lo que tenía lo encontró en cenizas a su regreso y también pensó que estaba arruinado. Un esposo y padre de siete hijos, muy trabajador, murió y dejó a su familia sin un centavo y la viuda dijo, “Hermano Nichols, estamos arruinados, ahora que se ha ido, ¿qué será de nosotros? ¡Estamos arruinados!” Sin embargo, ninguno de ellos murió de hambre. Todos salieron adelante con la ayuda del Señor. No obstante amigos, cuando una persona muere sin Cristo ¡esa persona está arruinada! Algunos piensan que están arruinados cuando pierden su salud; pero nada se compara a la pérdida del alma. Lo siguiente sería experimentar la tristeza de enterrar a sus seres queridos que murieron en pecado. Tuvimos ocho hijos y

hubiera preferido que todos hubieran muerto en la infancia a que vivieran a una edad adulta ¡y que alguno de ellos pereciera en el infierno del diablo por siempre! Sin embargo el mundo está en pecado y necesita salvación. Simplemente por sean nuestros seres queridos no pueden ser salvos. Nuestros familiares estarán perdidos al igual que los demás, si no obedecen el Evangelio, “Dios no hace acepción de personas” (Hechos 10:34). Nadie puede darse el lujo de pasar a la oscuridad de las tinieblas eternas sin un solo rayo de esperanza del Evangelio ¡que lo anime en las luchas amargas de la muerte! Esa hora sería en sí misma un momento de agonía mental y tormento. Luego finalmente tal persona iría a “donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se apaga” (Marcos 9:43-48). La Biblia dice, “Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche” (Apocalipsis 14:11). Jesús dice, “E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (Mateo 25:46). La Biblia dice que el perdido estará en el “fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.” (Mateo 25:41). Incluso ahora, el pecador está “expuesto al infierno de fuego” (Mateo 5:22). Pablo dice que los que no obedecen el Evangelio “sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder” (II Tesalonicenses 1:7-9). Si usted no es cristiano esta noche, ¡está en peligro de perecer para siempre! En un tic-tac del reloj, toda posibilidad de que sea salvado podría terminarse por siempre. Morir como está, fuera de Cristo y sin la fe obediente en Él, significa la tragedia humana posible más

grande. Significa perecer. “Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:3). Todo el amor de Dios, el don de su Hijo, y todo lo demás hecho por gracia, fue para salvarnos de no perecer. Si, el no creyente y el desobediente perecerán.

LA BENDICIÓN HUMANA MÁS GRANDE

Pero nuestro texto ofrece la bendición humana más grande posible—“vida eterna.” Dice, “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Si pudiera adquirir una póliza de seguro que me garantice quinientos años de vida y salud aquí, haría todo esfuerzo por obtenerla. Millones se gastarían todo lo que tienen para poder obtener esa póliza. Sin embargo, ninguna compañía sobre la tierra puede ofrecer incluso cien años aquí: no pueden garantizarlo y hacerlo bueno. Sin embargo Dios quien nos da un promedio de cincuenta o más años aquí puede darnos vida eterna en el hogar eterno en la ciudad de los redimidos. Como una prueba que puede hacerlo, levantó a Jesús de la muerte y lo ascendió al cielo en la presencia de sus discípulos (Lucas 24:46-53; Hechos 1:9-11). La carne pronto se deteriorará de éstos dedos y manos; sin embargo algún día espero tener un nuevo cuerpo y una nueva vida que nunca terminará. No hay nada en todo el ámbito del conocimiento tan emocionante y seguro. Si, “¡vida eterna!” Pablo dice, “Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”

(Romanos 6:23). Además dice, “Tenéis por vuestro fruto la santificación y como fin, la vida eterna” (v. 22). Nuevamente dice, “Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; más el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gálatas 6:8). Dice que esta cosecha de vida eterna será “a su tiempo” (v. 9). Pablo dijo que estaba “en la esperanza de la vida eterna” (Tito 1:2). Exhortó al joven predicador Timoteo a pelear “la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna” (I Timoteo 6:12). Jesús realmente nos ha prometido “cien veces más ahora en este tiempo “y en el siglo venidero la vida eterna” (Marcos 10:30). Así, los que creen en Jesús y confían en Él en esta vida, al hacer lo que manda, no perecerán después de esta vida, sino en ese tiempo recibirán vida eterna. Tenemos vida eterna ahora solo en promesa y esperanza. Pero después la recibiremos y entonces nunca envejeceremos ni enfermaremos en ese hermoso lugar. Ahí todos serán buenos y serán felices. Esto es lo que nuestro texto garantiza.

LAS DIMENSIONES DEL AMOR DE DIOS

Vamos ahora a enfocar de forma diferente nuestro texto. Pablo habla de las dimensiones del amor. Oró para que los hermanos de Éfeso pudieran ser “capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (Efesios 3:18-19). Aquí está la anchura, la longitud, la profundidad y la altura del amor divino.

¿Cuál es la “longitud” del amor de

Dios? Nuestro texto responde esa pregunta. Dice, “De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito.” La frase “de tal manera” es un adverbio de grado—nos dice hasta que punto llegó el amor de Dios—fue tan lejos como para dar a su Hijo. Nos amó tanto que dio a su Hijo a morir por nosotros, cuando el Hijo no quería pasar por la copa amarga de la muerte y oró para que si fuera posible salvar al hombre de otra manera. Oró tan fervientemente que su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían hasta la tierra. Se entregó físicamente, su ropa debió haber estado empapada por la transpiración. Con todas sus fuerzas extendió la mano para agarrarse de las grandes cuerdas del corazón de su Padre en la oración. Oró la “oración eficaz” de Santiago 5:16. Su corazón estaba destrozado por el dolor y la tristeza a la sombra de la cruz (Lucas 22:42; Marcos 14:32-41). Sin embargo, Dios nos amó tanto ¡que aún su Hijo tenía que morir por nosotros! Y en este momento Jesús oró “con gran clamor y lágrimas” (Hebreos 5:7). Sí, rompiendo el silencio de la noche alguien podía haber escuchado al Hijo de Dios llorando y clamando en este hora extrema y solitaria de su vida ¡como si fuera un pequeño niño perdido por su madre! Si, las “lágrimas” corrieron a través de sus mejillas. Dios escuchó su oración, vio su entrega y lágrimas y escuchó sus clamores de agonía en el temor de la sombra de la muerte; sin embargo su amor por nosotros llegó tan lejos ¡que le dejó morir por nosotros! ¿Qué amor tan maravilloso es este? ¿Cómo puede saber alguien esto y dudar de su amor? Si todo el amor maternal

en el mundo fuera comprimido en una sola suma total ¡ni siquiera lo igualaría! No es extraño que Pablo habla de “su gran amor con que nos amó” (Efesios 2:4). Vea cuan lejos llegó el amor de Dios por nosotros—que “de tal manera” nos amó que dio a su Hijo para que bajo esas condiciones, las cuales hacían difícil para Dios dejarlo morir. Ahora, ¿Qué tan lejos su amor por Dios lo ha llevado?

La “anchura” del amor divino es el mundo entero, como en nuestro texto (Juan 3:16). Dios amó de tal manera al mundo y lo amó tanto como para dar a su hijo para su salvación. Sus provisiones de amor son tan amplias y extensas como el mundo. El amor de Dios es lo suficientemente grande para abarcar a todos los hombres. “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17). Jesús dio su carne “por la vida del mundo” (Juan 6:51). “El Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo” (I Juan 4:14). Jesús dice “no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo” (Juan 12:47). Dice que vino “a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). La historia de Jesús desde el mismo inicio es para “nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo” (Lucas 2:10). El Evangelio es para toda criatura en todo el mundo (Marcos 16:15). A “todos los hombres en todo lugar” se les manda que “se arrepientan.” (Hechos 17:30). Las provisiones son tan amplias como el mundo—grandes como la raza humana.

Tengo tiempo solo para tocar la “profundidad” de su amor. La misma palabra “perecer” en nuestro texto sugiere la

profundidad de su amor divino. Alcanza a los que están en pecado. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Dios no amó solo a la gente agradable, solo a los que crecieron en buenos hogares y que tienen una buena reputación moral en la sociedad. Sino que amó a todos lo que están en peligro de perecer, incluso a los peores criminales. Su amor alcanzó e incluyó a Saulo de Tarso quien se llamó a sí mismo el “primero de los pecadores (I Timoteo 1:13, 15). Si, su amor incluye a los asesinos de Jesús, por los que él pidió en la cruz, “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” (Lucas 23:34). Más tarde cuando estas personas preguntaron en Pentecostés qué hacer, el perdón de pecados se les ofreció alegremente en el nombre de Jesús. Incluso se les exhortó con muchas palabras para que obedecieran al Señor y fueran salvos (Hechos 2:36-41). Quiero decir con todas las fuerzas de mi ser que ningún hombre es demasiado malo para ser salvo, si cree en Cristo y le obedece. Algunas de las personas más duras de corazón en el mundo para que el Evangelio los alcance son excelentes personas morales, de buen carácter y reputación. Los jóvenes son con frecuencia difíciles de alcanzarlos, porque niegan la realidad del pecado y la necesidad de la salvación. Ningún hombre es demasiado malo para ser salvo, si obedece el evangelio; y ninguno es tan bueno como para ser salvado sin obedecer el Evangelio.

Después de predicar esto en una noche hace muchos años, un hombre se me acercó a la luz de la luna y quiso saber si yo

pensaba que él era demasiado malo para ser salvado; había robado la oficina de nómina y había matado al encargado, sin embargo fue arrestado antes del anochecer. Luego cumplió una condena de veinticinco años en la penitenciaría y finalmente fue liberado. Habiendo escuchado su historia, le aseguré que Dios lo amaba y que quería salvarlo. Lo bauticé después de que confesar su fe en Cristo y siguió su gozoso su camino. Si, el amor de Dios llega hasta el fango del pecado y el Evangelio es lo suficientemente poderoso para salvar al peor hombre (Romanos 1:16). Un hombre que era borracho y pronto cumplió una sentencia por hacer “licor ilegal” vino a escucharme predicar cerca de que concluyera una campaña evangelística a la cual su esposa e hijo habían venido primero. Aprendió de la bondad y del amor de Dios, obedeció el Evangelio y ese hombre ahora es un anciano fiel en la iglesia de su comunidad. El Evangelio y el tiempo hacen maravillas. Necesitamos más fe en el poder del Evangelio. Un hombre fue un borracho y drogadicto durante toda su vida, pero por el poder del Evangelio dejó todo; y por diez años ha estado predicando el Evangelio él mismo. Mi amigo, la mano que salva está llegando a usted, y esperamos que se agarre de ella para que sea sacado del pecado y sea salvado.

No obstante ¿qué en relación a la “altura” del amor de Dios? Esto, también, se sugiere en nuestro gran texto. En lugar de que nuestro andar sea hacia abajo, descendiendo hacia la ruina eterna y perecer, el amor de Dios nos levanta y no saca del fango del pecado—hacia arriba,

más alto y cada vez más alto en la vida cristiana, y por último, cuando el cordón de la vida se corte y muramos, volaremos al hogar para estar con Dios por siempre y tener vida eterna. Cantamos “El amor que me levanta” —esto es lo que el amor de Dios hace. Un conocimiento adecuado de su amor por nosotros engendra en nosotros amor. “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (I Juan 4:19). Su amor es una súplica a nuestros corazones: podemos sentir que jala y jala las cuerdas de nuestro corazón como si fuera una cosa viva.

Si, el amor es la cosa más poderosa en el mundo, y el Evangelio de Cristo está lleno de él, impregnado de él en todo momento.

Saca a los hombres del pecado y la desesperación. Trae al prodigo al hogar para que recuerde la bondad y el amor que rechazó del Padre. Amigo pecador ¿vendrá a Dios? ¡Él está listo para recibirlo y saludarlo! ¡El gran corazón amoroso de Jesús anhela que venga! Él es “autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5:9). Él dice, “El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Marcos 16:16). “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros ... para perdón de los pecados” (Hechos 2:38). La fe de nuestro texto incluye estas cosas. Venga, ¡no espere! Mañana podría ser demasiado tarde. ¡Venga mientras cantamos!

Al Español
Jaime Hernández Castillo
Querétaro, México. Noviembre de 2012